

# CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—)o(—

II

ALBERTO Conde era hijo único, huérfano de madre desde su niñez, y en él había concentrado todo su cariño su padre don Rafael, persona que gozaba de general estimación. Poseedor de una fortuna más que regular, don Rafael Conde continuaba entregado á los negocios con actividad, apesar de que frisaba ya en los sesenta, ávido de dejar á su hijo una posición holgada é independiente, y á medida que avanzaba en edad, redoblaba sus esfuerzos, temeroso siempre de que la muerte lo sorprendiese antes de dejar cimentado sobre sólidas bases el porvenir de Alberto, cuya débil constitución era continuo tema de sus preocupaciones.

Algo efectivamente había en Alberto Conde que justificaba los temores de su padre. Joven, medianamente rico, sin más tutela que la de don Rafael cuya autoridad estaba debilitada por el ciego cariño que á su hijo profesaba, hubiera podido éste llevar una vida bulliciosa y alegre, á que lo convidaba la compañía de sus amigos, más ó menos calaveras como la generalidad de los jóvenes. Pero ni la libertad de que gozaba, ni las facilidades de dinero, ni las tentaciones de los amigos, fueron nunca bastantes á arrancarlo del retraimiento en que vivía. No era un misántropo, pero había cierta tristeza en su fisonomía que retrataba una honda afección moral ó el germen de alguna dolencia que lentamente minaba su organismo.

Por lo demás, cuando alternaba con sus amigos, era expansivo y hasta jovial, pero aún en medio de sus expansiones dejaba traslucir aquel tinte de tristeza que daba simpático interés á su fisonomía varonil.

Aquel Domingo en que por primera vez vió á Cristina, notaron en él sus amigos frecuentes transformaciones. Ora conversaba con más locuacidad que de costumbre, ora quedaba ensimismado con la vista fija como si una idea persistente lo aislase de todo lo que lo rodeaba. Varias veces hizo rodar la conversación sobre el baile de la noche, y cuando sus amigos lo bromeaban sobre la insistencia con que volvía sobre la fiesta, trataba de desviar el tema como contrariado de dejar traslucir su ansiedad.

A las doce de la noche, los alrededores del Club bullían de animación. Por todas las calles que desembocan á la de *Treinta y Tres* iban y venían carruajes á gran trote, mientras que por las aceras caminaban apresuradamente numerosas máscaras, rebujadas en sus tapados, riendo y charlando, saludándose unas á las otras con nombres lanzados al azar, sin más fundamento que el modo de andar, ó el corte del talle, ó una prenda del vestido.

En la puerta del Club, había una aglomeración de curiosas que escuchaban todos los trajes y cuchicheaban entre sí comunicándose el resultado de sus observaciones.—Esta es fulana—Esa otra es zutana; y á cada una le sacaban de paso una tira sobre su belleza ó la elegancia del traje, como vengándose de no poder hacer ellas lo que las otras.

Dentro, reinaba una animación bulliciosa, confusión de voces en fasete, risas disfrazadas, tiroteos de bromas más ó menos aventuradas. En el vestíbulo se agrupaban las máscaras que todavía no habían encontrado compañero para entrar en los salones. Y á cada minuto, seguía aumentando la concurrencia, que se apiñaba en la escalera, estrecha para dar paso á aquella avalancha de gente ansiosa de divertirse.

En una de las puertas que conducían á los salones, había un grupo de jóvenes que presenciaban el desfile de las parejas, defendiéndose al mismo tiempo de las bromas de las máscaras que á la pesca de un compañero, trataban de interesarlos prometiéndoles interesantes revelaciones sobre sus intimidades. En aquel grupo estaba Alberto Conde, y él era el principal blanco de todas las bromas.

—¿Qué milagro Alberto? ¿Cuándo resucitaste?

—¿De dónde sales? Me habían dicho que te íbas á meter de monje.

—¿Por dónde saldrá el sol mañana?

Y así, unas tras otras, repetían todas el mismo estribillo, sin conseguir distraer la atención de Alberto, que escuchaba con avidez á todas las que pasaban, mirándolas en los ojos que brillaban por entre los agujeros del antifaz. La animación crecía por todas partes. Los salones estaban henchidos de concurrentes y se hacía difícil la circulación. Los acordes de la orquesta entraban por ráfagas y se apagaban en medio del vocerío chillón de las máscaras, que se hacían más apremiantes y parlanchinas excitadas por el calor y el bullicio de la fiesta.

Alberto estaba desasosegado. Hacía más de una hora que permanecía de pie en el vano de la puerta, y á pesar de la insistencia con que había examinado á las máscaras que desfilaban por delante de él, no había encontrado á la única que le interesaba entre aquellos centenares de mujeres elegantes y hermosas. En aquel momento, cruzaba delante de él su amigo Carlos Centeno, engolfado en un animado diálogo con una máscara, y sin poder contener ya su impaciencia, Alberto se le acercó y tomándolo de un brazo, le dijo al oído:

—¿No la has visto?

—¿A quién? preguntó Carlos.

—A la de esta mañana.

—Ah! ¿á Cristina? No; no la he visto; y dirigiéndose á su compañera le preguntó:

—Chè, máscara: ¿no has conocido entre las parejas á Cristina Peña?

—Sí, la acabo de ver en el salón grande. Por cierto que estaba muy entretenida con...

Alberto no quiso oír más. Dirigió una mirada penetrante á la compañera de Carlos, y se retiró, pero al volverse, cambió de resolución, y acercándose nuevamente á la pareja, le dijo á su amigo:

—Carlos ¿me permites que baile esta pieza con tu compañera?

—Si ella quiere, y no lo toma á desaire, respondió Carlos, por mi parte no quiero ser un inconveniente.

—¿Qué dices, máscara? interrogó Alberto.

La compañera de Carlos titubeó un momento, y contestó después con una vocecita aguda y escondiendo los ojos tras del abanico.

—No; esta pieza no—La otra.

—¿Te espero aquí?

—Espérame que yo misma vendré á buscarte.

Y siguió del brazo de Carlos, mientras Alberto se arrinconaba de nuevo junto á la puerta, mirando con indiferencia á lo que en su torno pasaba.

La fiesta estaba cada vez más animada. Las mujeres superabundaban y se paseaban á grupos, deteniéndose ante los caballeros que permanecían como meros espectadores, tratando de picarles la curiosidad con un nombre ó un recuerdo.

—¿Qué haces ahí tan callado? ¿Estás todavía acordándote de Lucrecia?

—No, hija, yo no me preocupo de historia antigua.

—Te estás poniendo viejo.

—Que quieres! Ya ves tú que van corridos algunos años desde que bailaba contigo en el Baile Mensual.

La bromista saltó corrida e iba á ensayar sus pullas con algún otro. La música apenas se abría paso por entre el bullicio. Era imposible bailar en medio del gentío que henchía todos los salones. En los sofás, en los sillones, en las sillas, en donde quiera que había un asiento, se veían apoltronadas máscaras gruesas, metidas dentro de amplios dominos, abanicándose por debajo de las barbillas de los antifaces. El cuadro era animado y vistoso con los trajes de colores vivos, las pelucas empolvadas, los caprichosos bonetes y cofias de las máscaras de carácter: aquí una aldeana, allí una manola, acullá una amazona, más allá una vivandera, y por doquiera, trajes históricos, caracterizando épocas, personajes y costumbres, todo revuelto en la más anacrónica y antipoda confusión, reunidas en una misma zona una andaluza con la mantilla terciada y una japonesa forrada en pieles, conversando animadamente María Estuardo con Aida, y riendo en la mejor intimidad una Hermana de caridad con una mora judía.

Los salones se prolongaban reproducidos en los espejos como galerías interminables, retratando todos los detalles de la escena: las parejas, los trajes, las sonrisas, los ademanes, como cuadros en que las figuras tuviesen movimiento, achicándose á cada reproducción hasta quedar hombres y mujeres reducidos á las proporciones de muñecos que gesticulaban como movidos por resortes.

Alberto esperaba entretanto impaciente. La música había callado y el bullicio de las conversaciones crecía en los animados diálogos sobre cambios de compañeras. Por fin apareció Carlos con su incógnita de brazo, y parándose frente á Alberto, le dijo:

—Ya ves que somos de palabra; aquí tienes á tu compañera.

Alberto la tomó del brazo, y se internó con ella entre la confusión de las parejas, sin decir una palabra. Ella fué la que rompió el silencio:

—¿No has encontrado todavía á la mascarita que buscabas con tanto afán?

—Creo que sí, contestó Alberto, y al decirlo, sintió que el brazo de su compañera se agitó con un temblor nervioso.

Nuevamente quedaron callados. La orquesta preludiaba una cuadrilla, y algunas parejas trataban de organizar el baile. Alberto fué solicitado para formar en el cuadro con su compañera, y aunque contrariado, accedió al pedido. Empezaron las figuras al compás de una música briosa y alegre que dominaba el bullicio. Las parejas se saludaban, hacían sus pasos y mudanzas y volvían á sus puestos, quedando encerradas dentro de una muralla humana, compuesta de curiosos y curiosas que seguían las evoluciones de la danza. Alberto estaba preocupado, sin conseguir ver los ojos de su compañera, que se los ocultaba con graciosas coqueterías, como gozándose en mortificar su curiosidad.

En un momento en que se separó de él para hacer un saludo á su *vis á vis*, Alberto la siguió con la mirada examinándola con insistencia, y al volver á tomarla del brazo, le dijo en voz baja:

—Acabo de encontrar á la máscara que buscaba. Ahora tengo la seguridad de que es la misma.

—¿Sí? interrogó ella ¿dónde está?

—La tengo en este momento tomada del brazo.

Ella no contestó nada. Estaba descubierta. Era afectivamente Cristina, que aleccionada por Carlos Centeno se había entretenido en avivar la impaciencia de Alberto durante dos horas, cediendo á esa satisfacción natural de la persona que se sabe buscada con interés. Por su parte, él, al invitarla á bailar, había procedido irreflexivamente, llevado más por un arranque instintivo que por la sospecha de que fuese ella. Recien cuando la tomó del brazo y la sintió estremecerse al decirle que creía haber dado con su incógnita, fué que le entró la duda, duda que se acentuó ante los esfuerzos que ella hacía por ocultarle los ojos, rasgo tan marcado en su fisonomía que por sí solo bastara para reconocerla entre cien.

Pero cuando la vió caminar con aquella gracia y señorío que había distinguido en ella al encontrarla por primera vez, ya todas sus dudas se desvanecieron y no titubeó en decírselo.

Cristina quedó callada y nada hizo por defenderse. Siguió bailando, y al terminar la cuadrilla, Alberto la tomó del brazo internándose hasta el fondo del gran salón, donde raleaban las parejas, ahuyentadas de allí por el calor sofocante que reinaba en aquel rincón.

En torno crecía el bullicio y la alegría. Las copas brillaban a la luz de las arañas reflejando sus vivos colores en los caireles que titilaban con todos los cambiantes del iris, pasando de un matiz a otro, como pasan de una a otra figura las piezas de un caleidoscopio. Las mujeres, fatigadas por el baile y alboradas con el antifaz, se abanicaban agitadamente, dejando entrever por debajo de las barbillas de la careta los arranques del cuello, el busto palpitante, las orejas rojas, y los ojos brillantes como engastados en la seda negra que les cubría el rostro.

Alberto hablaba a su compañera con vivacidad, y ella lo escuchaba con la cabeza inclinada, atento el oído a sus palabras como si no quisiese perder una sola nota de una melodía que por primera vez oía. ¡Cuántas cosas le decía él que eran nuevas para ella! Cristina sentía que su ser se transformaba y comprendía que aquello era la vida, la luz, las alas que le brotaban a la niña para que la mujer volase entre los encantos y las ilusiones de la pasión. Aquella palabra ardiente, anhelosa, creaba en su ser un nuevo mundo que iracía de entre la nada de su inocencia envuelto en alboradas de rosa. Era el soplo creador del amor que hace brotar luz de las tinieblas, y modela en la niña indiferente la estatua de una mujer apasionada, como el cincel hace surgir de un bloque inerte la estatua vivificada por el arte.

Alberto y Cristina habían llegado a olvidarse de todo lo que les rodeaba. Giraban en un pequeño círculo entregados a su pasión, sin aperebir a las parejas que cruzaban por su lado, igualmente ensimismadas. Aquel era el rincón de los enamorados que huían del ruido de los salones y sobre todo de las bromas incesantes con que las otras máscaras se vengaban en su aislamiento, mujeres que vagan entre el bullicio con el corazón vacío, envidiando a las ricas de amor, como los pobres envidian a los ricos de dinero.

Los antifaces empezaban a caer, apareciendo una tras otra las primeras bellezas de Montevideo, como aparecen al caer la noche las estrellas de primera magnitud. Era una transformación continua. La aldeana que se fingía vulgar aparecía como una princesa, llena de gracia y elegancia; Aida era de una blancura deslumbrante; la manola se trocaba en una criolla picante, y al poco rato todas habían vuelto a su pristino estado, desembarazadas del monótono antifaz que hace todos los rostros iguales, y realzada la hermosura por la agitación de la fiesta: todos los labios sonrientes y rojos, las narices sonrosadas y palpitantes, las mejillas encendidas y los ojos fulgurantes desplegando sus rayos como despliegan sus alas los pájaros al verse libres de la jaula que los aprisionaba.

Cristina era una de las pocas que permanecían con el antifaz puesto, como temerosa de que su rostro retratase las emociones que embargaban su espíritu. Estaba enamorada. En su corazón inocente y virgen de toda pasión, las palabras y las miradas de Alberto habían engendrado una nueva vida que ella sentía inundaba todo su ser. Era el amor, que no nace y crece paulatinamente como el cariño, sino que surge de repente adornado ya de todos sus encantos como surgió Minerva de la cabeza de Júpiter armada y profiriendo gritos de guerra. Cristina se sentía invadida por una fuerza extraña que despertaba en ella las esperanzas, los delirios, los celos; todo ese turbión de sentimientos encontrados que se punzan entre sí y se avivan alimentando la savia de la pasión.

En aquellas dos horas de intimidad, Alberto y Cristina se habían dicho todo lo que podían decirse. El la había hablado con el lenguaje apasionado y sincero de quien por primera vez se siente enamorado; con ese lenguaje que no miente y que nadie puede fingir, pues nadie es tan hábil cómico para reproducir las manifestaciones inconscientes del amor que se reflejan en los ojos, en los gestos, en los más mínimos detalles, hasta en ciertas injenuidades que fuera de esa situación de ánimo serían consideradas como tonterías.

El baile empezaba a palidecer. Las parejas se raleaban poco a poco, la circulación se hacía más fácil, y se bailaba con más amplitud. Las máscaras gruesas, acantonadas en los sofás, languidecían visiblemente; eran guardias que descuidaban la vigilancia. Los abanicos se movían con cierto automatismo como si solo conservasen el movimiento

de impulsión que se les había dado. Derepente, cuando la orquesta daba un golpe seco, aquellas cabezas languidamente inclinadas se enderezaban como por resortes, y los abanicos cobraban nuevos bríos, pero poco después volvían las cabezas a caer sobre el pecho y quedaban los abanicos adormecidos nuevamente, moviéndose apenas como se mueven las copas de los árboles con la brisa suave de las tardes de verano.

Por entre las rendijas de los balcones empezaba a filtrar una claridad pálida, indecisa, como si temiese con su presencia interrumpir las alegrías de la fiesta. Los salones se despoblaban rápidamente y la escalera era estrecha para vaciar la concurrencia que se aglomeraba en el vestíbulo.

Uno tras otro llegaban a la puerta del Club los carruajes estacionados en los alrededores, y partían en seguida conduciendo cargamentos de sedas, tules y encajes, embalaje de la mercancía más preciada y más cara.

Alberto acompañó a Cristina hasta la portezuela del carruaje y allí la dejó, olvidándose en su turbación de saludar a la madre y hermanas de la niña. ¿Qué le importaba a él de todo el resto de la humanidad? El carruaje arrancó a gran trote, y él lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista.

En esa contemplación lo sorprendió Carlos Centeno, y en tono de broma le dijo:

— ¡Lástima que todavía no se hayan inventado capotas de cristal para los carruajes.

Alberto se pasó las manos por los ojos como si quisiese borrar una visión, y entró nuevamente al Club, tropezando con las últimas parejas que salían.

Los salones estaban vacíos, sembrado el piso de girones de tul y de flores marchitas, como restos de armas que quedaban sobre el campo de acción. Las luces de gas amarilleaban como cirios, retratándose en los espejos con sus temblores mortecinos, mientras los músicos enfundaban sus instrumentos y se retiraban pálidos, desencajados, con cara de aburridos.

Al día siguiente, la crónica social esplotaba como tema de novedad la *temporada* de Alberto Conde con Cristina Peña.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

## CROMOS MONTEVIDEANOS

MISA DE UNA

EN Enero, cuando el aire está quieto y tibio, el cielo más azul y limpio que el delantal de una vizcaina y el sol más bruñido y refulgente que el aldabon de bronce de una casa inglesa, todo incita a echarse a la calle, a bañarse en luz ó en agua salobre allá por los Pocitos ó la Playa de Ramírez y sobran, si es que eso puede sobrar, perfiles, ojos y talles que admirar; pero en invierno el aire es áspero y enrogece la tez delicada de las mugeres, la llovizna las resfria y solo puede vérselas en las tardes hermosas ó después de misa de una, esas citas místicas de las bellezas más nombradas que los ateos respetan por lo que tiene de artística y cuasi diré divinas.

A ella tiene que asistir, pues, todo el que admira lo bello, y yo que me precio de ser uno de tantos, bien que el que esto te cuenta, lector, poco te importe, nunca faltó a su dispersión por lo cual me permitiré, quiéras que no, contarte lo que es para mí la misa de una, desde el átrio de la Catedral.

Después que las campanas han dado los tres toques de estilo empiezan a concurrir las devotas elegantes, ora a pié ora en *landaus* ó en *coupés* más relucientes y *panzudos* que escarabajos egipcios, las cuales, hablo de las últimas, tienen ocasión, no pretendo que las busquen, de lucir el *torneado pié* al apoyarlo en el estribo, dichoso mueble cuyo destino envidio a veces, no sé porqué. No falta quien admire

«*I bei piedini così ben calzati ...*»

pues ya lucen al sol, como cacerolas esmaltadas, algunas chisteras relucientes de los elegantes que hasta cierto punto *ven* misa, como el héroe de *Cristina*.

En veinte minutos todo termina y en ese momento la vereda está cubierta de jóvenes que enarcan las cejas ó se *calan* los lentos para distinguir a quien, el alma antes que la mirada, encuentra entre el enjambre de bellezas que salen del templo produciendo ese rumor análogo al que produce

«*La loca dispersión de una colmena.*»